

**SE BUSCAN LA IDENTIDAD Y LA REPUTACIÓN:
INTELECTUALES LIBERALES ANTICOMUNISTAS
DURANTE LOS AÑOS CINCUENTA
EN LOS ESTADOS UNIDOS**

Avital H. Bloch
Universidad de Colima

A finales de los años treinta, surgió una corriente de pensamiento liberal en Estados Unidos que se opuso a la mentalidad del Frente Popular antifascista, proclive al comunismo soviético. La nueva idea principal, expresada particularmente por los intelectuales trostkistas antiestalinistas y marxistas para entonces desradicalizados, era que el comunismo y el fascismo no diferían; al contrario: se hermanaban en el “totalitarismo”. Se erguían contra la democracia, la libre cultura y las libertades individuales. Los regímenes totalitarios, ejemplificados con Stalin en la Unión Soviética, fueron el símbolo de los males políticos para estos individuos y se colocaron en el centro de su crítica. La organización que fundaron en 1939 para romper la influencia del Frente en la comunidad intelectual fue el *Committee of Cultural Freedom* (CCF). Antiestalinista, antitotalitario y anticomunista, el grupo continuó su activismo vigoroso aun después del colapso del Frente como resultado de la Segunda Guerra Mundial. Los líderes del Comité creían que los comunistas debían ser desenmascarados para ser derrotados, por que su amenaza persistía.¹

Los años de postguerra, sin embargo, caracterizados por la Guerra Fría y la división del mundo entre democracia y totalitarismo comunista, originaron una nueva era de anticomunismo y liberalismo norteamericanos. Una nueva organización se fundó en nombre del liberalismo anticomunista para suceder al CCF y combatir el totalitarismo; la nueva organización se convirtió en el grupo central de los liberales anticomunistas norteamericanos durante la primera mitad de los cincuenta. A través de este grupo se puede entender mejor el liberalismo intelectual anticomunista de este periodo.

El *American Committee for Cultural Freedom* (ACCF) se estructuró en 1951 como miembro principal del *Congress for Cultural Freedom* –la organización “paraguas”, activa en Europa y fundada un año atrás– y como punta de lanza de la lucha anticomunista en el país.² Ambas organizaciones se fundaron bajo el concepto de “libertad cultural”, que sus líderes solían describir como la libertad para involucrarse

en actividades intelectuales sin avisorar la amenaza totalitaria. De acuerdo con la atmósfera anticomunista de la Guerra Fría prevaleciente entre los intelectuales liberales estadounidenses y transferida a sus colegas europeos, los elementos totalitarios buscaban controlar a los intelectuales independientes, sus actividades, así como reclutarlos en el engranaje propagandístico comunista.

Dominado por los intelectuales liberales norteamericanos, el CCF reflejaba la creencia de que debía asumir la enorme responsabilidad de preservar la democracia en el mundo. La misión del ACCF —como lo había sido del CCF, principalmente en lo tocante a Europa— era politizar a intelectuales norteamericanos considerados apáticos, persuadiéndolos de los peligros que el comunismo y adeptos presentaban a Estados Unidos y al “mundo libre,” y de la lucha en contra del comunismo como causa de gran importancia.³ Así el Comité, si no organización pura de propaganda, era de índole política en la cual los intelectuales aspiraban a convertirse en hacedores de la opinión pública anticomunista predominante en Estados Unidos.

Prácticamente, toda la vieja guardia antiestalinista de los años treinta, unida por una generación más joven de anticomunistas liberales, participó en el ACCF. Para mencionar a sólo los mejor conocidos, se encontraban allí los veteranos Sidney Hook —el filósofo, líder del anterior *Committee for Cultural Freedom* y fundador del antitotalitarismo norteamericano— quien se convirtió en miembro central del comité ejecutivo del ACCF; el novelista James Farrell, también del comité ejecutivo; el crítico Dwight Macdonald; el líder del partido Socialista, Norman Thomas; los editores del *Partisan Review*, Philip Rahv, y William Phillips; Sol Levitas, editor del *New Leader*, y Elliot Cohen, director de *Commentary*, revistas difusoras de la ideología y programa del CCF;⁴ los críticos literarios Diana Trilling, directora ejecutiva del comité, su marido Lionel Trilling y Jacques Barzun. También había discípulos jóvenes, como los sociólogos Daniel Bell (uno de los activistas centrales en el comité ejecutivo de la organización), Nathan Glazer, David Riesman y Seymour Martin Lipset; los historiadores Arthur Schlesinger Jr., Richard Hofstadter y Oscar Handlin; los periodistas Richard Rovere e Irving Kristol (quien también fue director ejecutivo antes de ser editor de *Encounter*, órgano del Congreso en Inglaterra); los editores de importantes periódicos nacionales como James Weschler, Norman Cousins y Max Ascoli; el economista John Kenneth Galbraith, los críticos literarios Norman Podhoretz (más tarde nominado para la Junta de Directores) y Jason Epstein; el decano de la Universidad de Harvard McGeorge Bundy; y el líder de la organización central en defensa de las libertades civiles, Roger Baldwin. Estaban también intelectuales ex comunistas, para ahora ultraconservadores, tales como James Burnham, Whittaker Chambers, y Max Eastman, también miembros del Comité.⁵

Puesto que los patrocinadores provenían de otras organizaciones liberales centrales —principalmente los *Americans for a Democratic Action* (ADA), la *League for Industrial Democracy* (LID) y la *American Civil Liberties Union* (ACLU)— la importancia de la ACCF fue tal que se erigió en una amplia coalición de liberales anticomunistas. Más aún, el Comité representaba un amplio espectro de la élite intelectual norteamericana ciertamente convertida, para los años cincuenta, al anticomunismo.⁶ Creían que su papel, a través del ACCF, era el de convencer a la comunidad cultural norteamericana para que participara en una “lucha responsable, seria y persistente en contra del totalitarismo y sus variantes, especialmente el comunismo, la amenaza actual más grande para las comunidades democráticas.” La intervención conservadora de los derechistas opositores de antaño a la política social y

económica del presidente Franklin D. Roosevelt, al *New Deal* de los años treinta y enemigos de aquellos liberales que idealizaron el estado benefactor— ciertamente subrayó el dominio del anticomunismo vehemente en el Comité y la desatención otorgada a otros asuntos.⁷

Políticamente, el ACCF pretendía unir y fortalecer la campaña oficial anticomunista iniciada en 1947 por la administración del presidente Harry Truman, esfuerzos que el Comité consideró “alarmantemente descuidados” e “inadecuados” y que culminaron con el fortalecimiento de la influencia política del senador Joseph McCarthy en 1950 hasta su caída en 1954.⁸ Al funcionar al unisono con la campaña macartista en contra del comunismo en casa, el ACCF debía ajustar sus conceptos y programas de acuerdo con sus simpatizantes y adversarios. La esencia funcional del Comité, por lo tanto, circuló en torno de la feroz controversia que McCarthy y su caza de brujas generaron en círculos intelectuales; controversia en la que el grupo tuvo una participación central. Así, las respuestas del ACCF al macartismo durante la crisis de los cincuenta fueron cruciales para el desarrollo de las ideas anticomunistas del ACCF. Y en el curso de intensos debates ideológicos y a través de polémicas alrededor de la cuestión sobre la cruzada macartista, la ideología anticomunista de los liberales — desarrollada casi veinte años atrás, se definió como transparencia y esculpió claramente la identidad particular de su comunidad político-intelectual.

El ACCF y sus activistas se vanagloriaban de haber anticipado, como “voces en el yermo”, la lucha anticomunista desde finales de los treinta, mucho antes que McCarthy. Al florecer su influencia política, los miembros del ACCF reconocieron que al intensificar la lucha anticomunista, McCarthy “realizaba un servicio público”, completando un papel que ellos mismos como minoría fuera del gobierno habían sido incapaces de desempeñar con eficacia. Durante el período macartista, el Comité estuvo de acuerdo con los postulados de McCarthy respecto a la realidad de la conspiración comunista y la necesidad gubernamental de localizar e investigar a los comunistas y sus colaboradores. Como el senador, los miembros del Comité creían que “el enemigo es el comunismo [...] Sus filas incluyen a comunistas, procomunistas, filorojos [o *fellow travellers*, liberales que incluían a simpatizantes del Frente Popular de los años treinta y que simpatizaban con la causa comunista sin ser miembros del Partido, un término utilizado por los antiestalinistas desde entonces], espías y agentes comunistas,” involucrados en la subversión y el espionaje. El ACCF se adhirió a McCarthy en lo tocante a la finalidad última de atacar a ese enemigo hasta “expulsarlo.”⁹

Pese a todo, la relación del ACCF con el macartismo rebasaba las simples cuestiones de apoyo del segundo al primero. Existían varios factores que afectaban la postura del Comité. Primero, los liberales temían la crítica de los macartistas por ser insuficientemente anticomunistas al no apoyar su campaña o, peor, ser acusados de comunistas o filorojos. Segundo, puesto que la ideología de los liberales se había desradicalizado en años anteriores, también temían ser identificados con la izquierda. Estas fuerzas los persuadieron a presentarse como antiradicales de izquierda y anticomunistas legítimos.¹⁰

Pero los liberales confrontaron problemas cuya raíz fue la historia de los líderes del ACCF, ellos mismos como radicales de izquierda. Temían que los macartistas —quienes etiquetaban a todos los liberales como comunistas— los confundieran con estos últimos, al no distinguir entre varias ideologías, particularmente al ignorar la desradicalización previa de los antiestalinistas de socialismo a liberalismo antiradical

de izquierdas y anticomunista. Para no arriesgarse, el grupo buscó demostrar a McCarthy su fuerte deber anticomunista y distanciarse al mismo tiempo de los comunistas, liberales que no eran anticomunistas y radicales de izquierda. Insistieron en las diferencias cruciales entre su propia ideología y las de esas tendencias políticas. Con frecuencia encubrieron su propia fase radical en el pasado, eliminando todo contenido socialista de su liberalismo, e incluso distanciándose de antiguos aliados que seguían profesando inclinaciones socialistas.¹¹ Un concepto significativo que los liberales anticomunistas crearon para manifestar su lealtad cabal a la lucha anticomunista y colocarse, como deseaban, en el mapa político del momento, fue la categoría de “anticomunistas.” Incluía ésta a aquellos que describían como “suaves con el comunismo”: no solamente a filorojos, sino también a todos los que no estaban suficientemente a favor de la campaña anticomunista o, peor aún, que la criticaban o actuaban en su contra, debilitándola. En breve, la lista de anti-anticomunistas se componía de todos sus críticos en la izquierda.

Cuando la cuestión de las libertades civiles de los comunistas y sus seguidores en relación al macartismo fue crucial en 1952, los ataques recíprocos más intensos fueron entre los anticomunistas del ACCF y los liberales “anti-anticomunistas”, dirigidos por el *Emergency Civil Liberties Committee* (ECLC): el grupo que desintió del ACLU por creer que la Unión no aceptaba que los macartistas violaran las libertades civiles.¹²

Mientras esos críticos afirmaban que McCarthy conculcaba derechos constitucionales relacionados con la libertad de expresión al investigar a comunistas sospechosos y partidarios, el ACCF rechazaba tales acusaciones. Sus miembros negaban que la libertad constitucional de adherirse a cualquier ideología política hubiera sido violada. La posición del Comité era que sólo los comunistas abusaban de las libertades civiles para fomentar su conspiración totalitaria. El comunismo era “un movimiento guiado por la conspiración y dirigida al totalitarismo, más que a otra forma de ‘disidencia’ o ‘inconformidad’.” Así, a diferencia de partidarios de credos legítimos, ellos no merecían tales derechos. De acuerdo con esta versión pragmática-populista, la mayoría de los norteamericanos poseía el derecho a decidir que el ideal comunista se oponía a los mejores intereses de su país y, por lo tanto, podía limitar las libertades de los comunistas. En cuanto a los que argumentaban a favor de los derechos de los comunistas, los liberales del ACCF pensaban que McCarthy merecía más reconocimiento que esos críticos, pues al menos él era un anticomunista genuino y categórico. Sus oponentes, en contraste, demostraban negligencia irresponsable, pues al defender los derechos de los comunistas de expresión ideológica, contribuían a promover su conspiración. En otras palabras, la idea era que la libertad estaba bajo mayor peligro con los anti-anticomunistas por su ataque a McCarthy que bajo McCarthy mismo.¹³

Mediante su ataque sobre sus enemigos liberales antimacartistas, los activistas del ACCF demostraron su propio compromiso anticomunista. Pero en sus críticas también deseaban implicar que ellos, los liberales anticomunistas, eran liberales genuinos y distintos de los liberales anti-anticomunistas. Los intelectuales del ACCF promovieron la idea de que había dos tipos de liberalismo: por un lado el falsamente honrado y cobarde de los liberales anti-anticomunistas o “suaves con el comunismo”; por otro el suyo, un tipo superior de liberalismo inflexible y realista, guiado por una visión moral e inspirado por un compromiso extremo con la libertad. Así, la necesidad de una reputación liberal con énfasis anticomunista que motivó al ACCF a adaptar una retórica promacartista, también lo motivó a crear una postura política liberal

que consideraba totalmente separada de cualquier versión de liberalismo que no fuera anticomunista.

Pero lo que complicó su política anticomunista y actitud hacia el macartismo fue también su necesidad de siempre de ser definidos como liberales y estar relacionados con los atributos tradicionalmente asociados a intelectuales liberales: su asequibilidad a razonamientos, inteligencia superior y pensamiento crítico independiente. Ellos tenían una etiqueta de conservadores que la izquierda les podía imponer si apoyaban marcadamente la cruzada macartista. Para evitar esto, desarrollaron un tipo singular de crítica a esta campaña: juicio en el nivel técnico, que al mismotiempo mantenía su apoyo básico, pero también satisfacía una deseada autoimagen liberal. En breve, una postura que los colocara entre los macartistas en la derecha y los anti-anticomunistas en la izquierda. Tratando de manipular así su propia identificación política y superioridad moral, pensaron que recuperarían el liderazgo no sólo de las comunidades liberal e intelectual, sino de toda la lucha anticomunista.

Los activistas del ACCF representaron a McCarthy como a un anticomunista legítimo. Sin embargo, también lo describieron como “demagogo vulgar”, conformista, reaccionario, ortodoxo, hambriento de poder e irracional. Y sus métodos, que debilitaban una campaña anticomunista efectiva, los describieron como “poco inteligentes” y dirigidos por una “estupidez burocratizada,” totalitarios, técnicamente inadecuados e irresponsables. Por encima de todo, afirmaron que muchas de las tácticas estúpidas e ineficientes de los macartistas y las acusaciones ilegítimas que ellos hacían resultaban de ignorar la esencia de las ideologías políticas y una incomprensión aguda del tema más importante, que ellos supuestamente dominaban: el comunismo. Su mensaje era que ellos –los liberales anticomunistas que poseían “conocimiento esotérico” del comunismo y sus peligros, basado en la experiencia de las luchas antiestalinistas de los años treinta– sabían “cómo combatir el comunismo responsablemente”. Es decir, con inteligencia y pragmatismo (recordando la relación entre medios y fines) de manera democrática y ética, mediante la preservación de los genuinos valores liberales.¹⁴ Sin embargo, estos liberales no eran capaces de atacar a McCarthy directamente. Cuando las estrategias equivocadas del macartismo eran criticadas en declaraciones publicadas por el ACCF, ni el nombre del senador ni el término macartismo eran siquiera mencionados. Durante los días más álgidos del macartismo y en respuesta al temor de que “si atacamos a McCarthy podemos ser atacados”, una declaración política se refirió a “ciertos hombres y grupos representados como oponentes militantes del comunismo.”¹⁵

Consecuencia de las críticas cáusticas sobre los liberales anticomunistas de sus detractores en la comunidad intelectual, los miembros del ACCF esperaban que al crear una impresión de desacuerdo con McCarthy presentaban frente a los círculos intelectuales una imagen más admirable, no conformista y crítica. Deseaban probar que su estilo dependía de la verdad y de la sabiduría, al tiempo de no dañar su sinceridad y devoción a la causa. Intentaban ser considerados defensores de McCarthy, mientras lo ridiculizaban.

La urgencia por alejarse de la derecha produjo algunos conflictos en el ACCF entre los liberales y la minoría de activistas conservadores, que no veían problema alguno en los métodos de McCarthy. Expuestos a una crítica creciente de la izquierda, los activistas del Comité llegaron a un punto donde tenían que los derechistas lastimaran sus objetivos y su reputación en la comunidad liberal. Así, los líderes del Comité optaron por marginar a los conservadores. Sin embargo, respondiendo a la ansiedad de que si

los liberales atacaban a la derecha ellos mismos podían ser atacados, los debates no fueron expuestos y los conservadores permanecieron en la organización.¹⁶

La estrategia política singular que el ACCF desarrolló como medio para enfrentar las presiones simultáneas resultantes de sus intentos por disculpar a McCarthy y criticarlo, forzó a la organización a mantener un equilibrio frágil en su postura. Esta necesidad para enjuiciar satisfactoriamente a las fuerzas opositoras sin contradicciones obvias, produjo desavenencias entre miembros de la organización. Sin embargo, éstas fueron sobre sutilezas y detalles argumentales que con frecuencia eran opuestos, confusos y falsos. Las polémicas eran superficiales y conducidas en un marco de convicción de que, fundamentalmente, la cruzada anticomunista de McCarthy era legítima. Por lo tanto, los conflictos internos no generaron ni cismas ni renunciaciones. Una gama de opinión anticomunista podía residir en el Comité. La crítica ideológica o moral, sin embargo, podía ser dirigida sólo hacia los adversarios de izquierda, pero no se permitía discrepar con los fines últimos del anticomunismo y el macartismo.

La muerte del macartismo en 1954, aunada a las agudas polémicas adyacentes, al fin de la guerra en Corea y al surgimiento de lo que parecía un clima internacional "más cálido" hacia mediados de los años cincuenta, señaló el germen de una nueva fase para los liberales anticomunistas. Estaba caracterizada por el enfriamiento del entusiasmo anticomunista, ya que el comunismo, tanto doméstica como internacionalmente, dejó de ser considerado un peligro inmediato. Siguiendo una nueva tendencia, algunos miembros del ACCF repensaron el anticomunismo fanático. En especial, los miembros de la ADA (John Kenneth Galbraith, Arthur Schlesinger, Jr., Richard Rovere, etc) históricamente menos comprometidos con la filosofía antitotalitaria, redefinieron fácilmente sus políticas para crear así un nuevo consenso liberal. Al no identificarse con aquellos vengativos activistas anticomunistas que estaban "volviendo a luchar, en los años cincuenta, en las viejas, muertas batallas de los treinta y cuarenta," renunciaron del ACCF en 1955.¹⁷

Los líderes centrales del Comité rechazaron el escepticismo de los disidentes. Permanecieron hostiles al comunismo y hablaron acerca de la urgencia inalterable de "desenmascarar ilusiones acerca del comunismo e identificar las actividades comunistas en los Estados Unidos." Una vez más, al cambiar la atmósfera política, los liberales dimisionarios forzaron al ACCF a examinar su política de línea dura, mientras que sus conservadores extremistas querían que el grupo se adhiriera a las posturas anteriores. Tras serias discusiones, derechistas como James Burnham salieron de la organización. Sin embargo, los activistas remanentes del ACCF, dirigidos ahora por los anticomunistas liberales (tales como Sidney Hook, Norman Podhoretz, Diana Trilling y Sol Levitas), en sí bastante extremos, reafirmaron la postura extremista original, que continuaron apoyando dentro del Comité como cuerpo activo hasta 1957. En tanto, quienes habían roto con el ACCF, representantes de la nueva corriente liberal para la que el comunismo ya no era el problema principal en la política norteamericana, permanecieron leales a la organización. Se convirtieron en el símbolo de ortodoxia anticomunista liberal durante el resto de la década de los cincuenta.¹⁸

Sin embargo, la búsqueda de los liberales afiliados al ACCF por identidad y reputación no terminó en la era promacartista. A la par de ajustarse básicamente al viejo idealismo anticomunista que los distinguía de los nuevos liberales de la corriente dominante, también trataban de adaptarse al nuevo espíritu del campo liberal más amplio. Todo con la intención de recuperar su imagen como liberales y ser receptados por la mayoría liberal. Se percataron de que para fundirse con el nuevo liberalismo

requerían algunos cambios en su visión, y una de las primeras cuestiones a reconsiderar fue el propio macartismo. Dado que la atmósfera general entre los liberales era de un incrementado rechazo del macartismo de principios de los cincuenta y de un distanciamiento mayor de la Caza de Brujas, para los veteranos del ACCF esto significaba una expansión de su crítica a McCarthy. Tenían deseos de reconocer los peligros planteados por las tácticas de McCarthy en contra de la democracia y encontraron más fallas con su estilo. Liberados de la necesidad de estar involucrados en un debate político inmediato, hasta mediados de los sesenta su forma principal de crítica —o como algunos liberales las llamaron, “re-evaluación”— era el estudio profundo del fenómeno macartista. Como científicos sociales e historiadores que muchos de ellos eran, lo escudriñaron a nivel académico.¹⁹

Prominentes sociólogos tales como Daniel Bell, Nathan Glazer, David Riesman, Martin S. Lipset y el historiador Richard Hofstadter, de manera consensuada, etiquetaron al macartismo como parte del fenómeno político sociológico de la derecha estadounidense y del anticomunismo reaccionario, que asociaron con las masas descontentas, frustradas, irracionales y anti-intelectuales. Según su teoría, las masas promacartistas heredaron las tradiciones populistas de los pobremente educados y desplazados agricultores del medio-oeste norteamericano y las áreas del país colonizadas durante las últimas décadas del siglo diecinueve. Ese estrato social, “criadero de demagogos,” había proveído los orígenes del desenfreno y la sinrazón. Los liberales anticomunistas dirigieron su crítica a estos sectores para evitar lo que ellos pensaron pudo haber sido la re-emergencia del anticomunismo reaccionario. Pero más significativamente, al interpretar al macartismo en términos psicológicos a través del concepto de “ansiedad de *status*”, los intelectuales implicaron que la Caza de Brujas no había sido el resultado de una ideología política ni había procedido de un liberalismo educado, razonado.²⁰ En vez de eso, tenía que ser el producto de personas inferiores y peligrosas. Esta condena al movimiento, por lo tanto, no era una autocrítica ni arrepentimiento de los liberales anticomunistas de años anteriores.

Los liberales anticomunistas no sacrificaron mucho de su postura fundamental y antipatía hacia el bloque soviético, ni siquiera cuando —a finales de los cincuenta, distanciados de los apasionados primeros años de la década— estaban más deseosos de modificar sus visiones sobre la naturaleza del comunismo contemporáneo. La “desestalinización” y el nuevo régimen en la Unión Soviética, así como un bloque comunista que parecía menos monolítico que antes, los atrajo hacia los nuevos liberales de la corriente dominante, que reconocían el peligro decreciente del comunismo. Algunos de los liberales anticomunistas estaban ahora dispuestos a cuestionar lo que ellos admitían como rígida “preocupación ingenua” con el comunismo e hicieron una llamada a la racionalización política. En una suave, renovada y más auténtica retórica, a veces hablaron de la necesidad de un “ciclo ascendente de flexibilidad, percepción verdadera, razón y confianza, que lleve a la paz.”²¹

Sin embargo, sus visiones anticomunistas ortodoxas fueron revisadas solamente hasta cierto punto y quizás de manera superficial. Los liberales anticomunistas otra vez revelaron que su deseo de fundirse dentro de la corriente dominante era conflictivo. Aun en la retórica alterada los antiguos miedos no podían ser suprimidos. Declararon que sus ideas modificadas bajo ningún concepto iban a caer “en la trampa de prestar ayuda y beneficio a los comunistas” y que “no tenían ilusiones acerca de la Unión soviética.” Ciertamente, este grupo siguió mostrando dudas y reservas acerca de las posibilidades de un relajamiento sustancial en la Guerra Fría y en el comunis-

mo soviético, al percibir, después de todo, el nuevo espíritu de finales de los años cincuenta entre la mayoría de los liberales como “ilusiones peligrosas.”²²

Para concluir, las convicciones anticomunistas de los liberales previamente afiliados con el ACCF y su autoidentidad colectiva como intelectuales dedicados a la “libertad cultural”, estaban muy enraizadas para permitirles rechazar su anticomunismo. No sólo su compromiso con el anticomunismo no se erosionó sustancialmente; los discursos posmacartistas de finales de los cincuenta revelaron un enfoque anticomunista, constante en su ideología, la misma que reforzó el carácter distintivo de la política de los intelectuales que habían estado conectados con el Comité. Los consolidó como un grupo identificable ya avanzados los sesenta, mucho después de que el ACCF dejara de ser su agente unificador organizativo. Vale señalar –y esto debería ser motivo de estudio adicional– que como los años sesenta se volvieron un período tumultuoso, caracterizado por controversias apasionadas entre estos intelectuales liberales y sus nuevos críticos de la “nueva izquierda”, el anticomunismo y su historia reciente se convertirían, una vez más, en eje central para la reputación de estos liberales, y formativo para su identidad metamorfofísica, como fue antes el caso.

Notas

1. Judy Kutulas “The Committee for Cultural Freedom and the Origins of Liberal Anticommunism, 1939-1940.” Ensayo presentado en el American Culture Association Annual Meeting, Nueva Orleans, abril de 1993.
2. Sobre el CCF y sus comienzos, véase Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy: The Congress of Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe* (New York: Free Press, 1989); Job I. Dittberner, *The End of Ideology and American Social Thought, 1930s-1960* (Ann Arbor: UMI Research Press, 1979); Alan M. Wald, *The New York Intellectuals: The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left from the 1930s to the 1980s* (Chapel Hill: U of North Carolina P, 1987); Sidney Hook, *Out of Step: A Unique Life in the 20th Century* (New York: Carroll & Graf Publishers, 1987); Irving Kristol, “Memories of a ‘Cold Warrior’,” *Reflections of a Neoconservative: Looking Back, Looking Ahead* (New York: Basic Books, 1983).
3. Irving Kristol, “Memoirs of a ‘Cold Warrior’”; Irving Howe, *A Margin of Hope: An Intellectual Autobiography* (New York: Harcourt, Brace, Jovanovich, 1982) 205-206; William Phillips, *A Partisan View: Five Decades of the Literary Life* (New York: Stein and Day, 1983) 130, 158-159; Norman Podhoretz, *Making It* (New York: Harper & Row, 1967) 277-280; Richard H. Pells, *The Liberal Mind in a Conservative Age: American Intellectuals in the 1940s and 1950s* (New York: Harper & Row, 1985) 98-100.
4. Acerca del papel desempeñado por las revistas en estas cuestiones, véase Daniel Bell, “Dissent in the Fifties,” *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties* (New York: Free Press, 1962) 311; Sidney Hook, *Out of Step* 420-421; Thomas J. Conway, “Intellectuals and American Foreign Policy During the Cold War,” en Charles Kadushin, *The American Intellectual Elite* (Boston: Little, Brown, 1974) 376-377.
5. Respecto a la transformación de estos conservadores, véase John P. Diggins, *Up from Communism: Conservative Odysseys in American Intellectual History* (New York: Harper & Row, 1975).
6. Sobre las actitudes entre algunas de estas organizaciones y el ACCF en lo que toca al anticomunismo, véase Steven M. Gillon, *Politics and Vision: The ADA and American Liberalism, 1947-1985* (New York: Oxford UP, 1987) 72-82, 109-111; Mary Sperling McAuliffe, *Crisis on the Left: Cold War Politics and American Liberals, 1947-1954*

- (Amherst: U of Massachusetts P) 85-91, 116-121; Peter Navasky, *Naming Names* (New York: Penguin Books, 1981) 48-51; New York Public Library. Norman Thomas Papers (en adelante NTP). Caja 120, legajo ACLU 1954. Norman Thomas a Roger Baldwin, 30 de diciembre de 1954.
7. George H. Nash, *The Conservative Intellectual Movement in America Since 1945* (New York: Basic Books, 1979) 84, 123. Para una amplia correspondencia entre liberales conservadores véase New York University. Tamiment Library. American Committee Cultural Freedom Papers (en adelante ACCFP). Caja 5, legajo 5.
 8. David Cauter, *The Great Fear: The Anti-Communist Purge Under Truman and Eisenhower* (New York: Simon & Schuster, 1978); Stanley I. Kutler, *The American Justice and Injustice in the Cold War* (New York: Hill & Wang, 1983); Garry Wills, "Introduction", Lillian Hellman, *Scoundrel Time* (New York: Little Brown, 1976) 10 -11; James Rorty and Moshe Decter, *McCarthy and the Communists* (Boston: Beacon Press, 1954) vii-viii. El trabajo de Rorty y Decter fue un estudio sobre el macartismo, patrocinado por el ACCF y que reafirmaba las posturas oficiales de la organización.
 9. Rorty and Decter, *McCarthy and the Communists* 3-4, 13, 17-18.
 10. ACCFP. Caja 7, legajo 4. Executive Committee Minutes, 1 de marzo 1952; McAuliffe, *Crisis on the Left* 49-51; William L. O'Neill, *A Better World. The Great Schism: Stalinism and the American Intellectuals* (New York: Simon and Schuster, 1982) 298-312.
 11. Navasky, *Naming Names* 58-66; Pelts, *Liberal Mind* 319-321; Rorty and Decter, *McCarthy and the Communists* 17, 34-35; Hook, *Out of Step* 333; Wald, *New York Intellectuals* 270-272, 277; Cauter, *The Great Fear* 170, 249.
 12. En lo que toca al ECLC y las visiones anti-anticomunistas, véase McAuliffe, *Crisis on the Left* 116-121; Navasky, *Naming Names* 50, 56; Henry Steel Commager, *Freedom, Loyalty, Dissent* (New York: Oxford UP, 1954); Alan Barth, *Government by Investigation* (New York: Viking Press, 1955).
 13. Irving Kristol, "'Civil Liberties', 1952 -A Study in Confusion" (March 1952): 228-236; Irving Kristol, "Liberty and the Communists," *Partisan Review* (July-August 1952): 493-496. La postura de Kristol fue la más publicitada por ser la más provocativa, pero muchas opiniones similares fueron expresadas en privado dentro del ACCF, Véase ACCFP, Caja 7, legajo 4. Executive Committee Minutes, 1 marzo y 16 de abril de 1952, ACCFP. Caja 7, legajo 4. Resolution, 29 marzo de 1952; ACCFP, caja 7, legajo 4. Cohen a Hook, 30 de abril de 1952. Véase también Nathan Glazer, "The Methods of Senator McCarthy," *Commentary* (March 1953): 244-252; Daniel Bell, "'Hard' and 'Soft' Anticommunism," *New Leader*, (17 May 1954): 23-25; Phillips, *Partisan View* 150-151, 174-176; Podhoretz, *Making It* 288-291.
 14. ACCFP. Caja 7, legajo 4. Executive Committee Minutes, 1 de marzo de 1952; Rorty y Decter, *McCarthy and the Communists* 13-14, 21-56, 86-103, 128-129; Glazer, "Methods of Senator McCarthy," 244-252; Phillips, *Partisan View* 179-180; Daniel Bell, "Interpretation of American Politics". En *The Radical Right*. Ed. Daniel Bell. Garden City: Doubleday, 1964. 57-58, 64, 66; Nathan Glazer, "New York Intellectuals -Up From Revolution," *New York Times Book Review* (February 26 1984): 35.
 15. ACCFP. Caja 7, legajo 4. ACCF Resolution, 29 marzo de 1952, ACCFP. Caja 7, legajo 4, ACCF Executive Committee Minutes. 16 de abril de 1952. El no señalar públicamente los métodos equivocados de McCarthy cambió en 1954, cuando Rorty y Decter editaron su estudio, que desenmascaró sus limitaciones tácticas para distanciarse de la derecha extrema y de las masas promacartistas.
 16. Bell, "Interpretation of American Politics," 64-65; Diggins, *Up From Communism* 215-222. Sobre el debate alrededor de McCarthy entre los conservadores, véase Nash, *Conservative Intellectual Movement* 109-123.
 17. ACCFP. Caja 7, legajo 4. Schlesinger a Farrell, 16 de marzo de 1955.
 18. Desde 1959, la única justificación para la existencia del ACCF era que fungía como propietario legal y editor del *Partisan Review*. En 1967 la revista se separó del Comité, el cual

- se disolvió como consecuencia. Se concluyó que el grupo había “durado más de lo que era útil”. Véase, ACCFP. Caja 6. legajo 4. ACCF Board of Directors Minutes, 30 de abril de 1967; Phillips, *Partisan View* 162, 165-168.
19. Véanse los artículos aparecidos en Daniel Bell, *The New American Right* (New York: Criterion Books, 1955).
 20. Rorty y Decter, *McCarthy and the Communists* 104, 110; Daniel Bell, “The Mood of Three Generations,” *End of Ideology* 311; ‘Status Politics and the New Anxieties: On the ‘Radical Right’ and Ideologies in the Fifties,” *Ibid.* 123; Richard Hofstadter, *The Age of Reform* (New York: Alfred A. Knopf, 1955); Hofstadter, *Anti-Intellectualism in American Life* (New York: Alfred A. Knopf, 1962); Irving Howe, “McCarthyism as Malaise,” *Partisan Review*, (Summer 1954): 213-215; Michael P. Rogin, *The Intellectuals and McCarthy: The Radical Specter* (Cambridge: MIT. Press, 1967). 9-30, 261-268; McAuliffe, *Crisis on the Left* 70-71; Pells, *Liberal Mind* 151-155, 335-338.
 21. Podhoretz, *Making It* 292-293; Nathan Glazer, “Cuba & the Peace Movement,” *Commentary*, (December 7 1962): 514, 516; Irving Howe, “Communism Now: Three Views,” *Partisan Review* (Fall 1956): 524-529; Irving Howe, “A Revival of Radicalism?” *Dissent*, (Spring 1963): 1-10; Irving Kristol, “A Matter of Fundamentals,” *Encounter*, (April 1960): 55; Conway, “Intellectuals and American Foreign Policy,” 107-109, 112-116; Pells, *Liberal Minds* 347-367.
 22. Norman Podhoretz, *Breaking Ranks: A Political Memoir* (New York: Harper & Row, 1979) 47, 57-63, 66, 172-175; Podhoretz, “The Cold War and the West,” *Partisan Review*, 29 (1962): 56-58; ACCF. Caja 12, legajo 2. *ACCF Newsletter*, (October 1956): 6-7.